

“PAN Y CIRCO”

Los juegos romanos del circo y del anfiteatro

Cristina Delgado Linacero
Doctora en Historia del Arte
U.C.M.- Madrid

Ningún análisis sobre la cultura romana puede estar completo sin un estudio sobre el significado y composición de los espectáculos populares. Ellos proporcionan muchas de las claves para comprender la grandiosidad de este pueblo y para apreciar el espíritu de la capital del mundo bajo el Imperio.

La génesis de muchos de los llamados *ludi romani* estuvo en conexión con el mundo etrusco e incluso con el griego. En general, puede decirse que su celebración en Roma estuvo unida en los primeros tiempos de su evolución a la celebración de las festividades religiosas. Durante los cinco primeros siglos, los únicos juegos existentes fueron los *magni ludi romani*, atribuidos al legendario monarca etrusco Tarquinio Prisco. Se celebraban en otoño como cumplimiento de promesas de generales victoriosos, hechas al entrar en campaña. Se dedicaban a Júpiter, Juno y Minerva, según explica Cicerón (*Verr.* 5, 36). Primero duraban un solo día, después cuatro y luego quince, haciéndose por último, fijos. A estos juegos siguió el establecimiento de otros muchos. Entre los más importantes destacaban los *ludi cereales*, en honor de Ceres; los *ludi apolinales*, ofrecidos a Apolo; los *ludi florales*, dedicados a Flora; los *ludi megalenses*, consagrados a Cibele o los *ludi seculares*, cuyo objetivo era renovar el mundo tras un ciclo de cien años.

Este originario carácter religioso de los primeros *ludi* se fue perdiendo poco a poco. Al final de la República, ya se habían convertido en un fenómeno político y social de primera magnitud, que en la Roma imperial llegó a ser un derecho popular asumido por el Estado. Dos factores influyeron en ello: por un lado, la multitud de indigentes que pululaba por Roma, cuya ociosidad constituía un peligro para el mantenimiento del orden ciudadano, a pesar de las periódicas distribuciones estatales de trigo y de dinero (*Sal. Ad cae.* 1, 7,2); por otro, la importancia que los gobernantes concedían al apoyo popular.

Los espectáculos contribuyeron a la distracción y contento de los desheredados, alentados por el obsequio de substanciosos regalos y de raciones de comida (*Sen. Ep.* 74, 7). Consecuentemente, sus promotores alcanzaban tan alto prestigio social que se valían de ello para la consecución del voto popular, acceso a las más altas magistraturas del Estado. Con el advenimiento del Imperio, los emperadores asumieron el papel de patrocinadores de todos los *ludi*, asistiendo a ellos con asiduidad como foro esencial de contacto con sus súbditos y como medio de control y de educación de la plebe en la *virtus* romana (moral). Era allí donde el pueblo podía manifestar libremente sus deseos, quejas y aversiones contra el propio emperador o sus gobernantes, algo impensable en cualquier otro lugar. Unas veces, las peticiones del público derivaban del propio espectáculo (*Suet. Calig.* 30, 2; *Marc. Spect.* 29, 3); otras, se referían a cuestiones políticas o sociales (*Tac. Ann.* 6, 13).

Mensaje didáctico

Pero, sin duda, lo más importante era el mensaje didáctico que los asistentes debían recibir durante el desarrollo de las representaciones: la visión de su divino e inalcanzable emperador, plétórico de majestad, en su tribuna; la contemplación de la osadía y coraje de los luchadores, encarnación de los valores militares (juegos gladiatorios y naumaquias), el castigo de los que se atrevían a quebrantar la ley (condenados a las bestias) y el triunfo de la inteligencia del cazador o domador, representante del *numen caesaris* (poder divino del emperador), sobre la inferior naturaleza de las bestias en su papel de enemigos de Roma (venaciones). Los espectáculos podían durar todo el día e incluso parte de la noche y se distribuían a lo largo del calendario anual (*Suet. Calig. 18, 2, 3*).

El respeto obligado a los altos dignatarios que acudían como espectadores, impuso una cierta etiqueta, tanto en modales como en atavío, que debía ser acatada por los demás asistentes. Augusto estableció el uso de la toga para todo ciudadano romano, presente en los *ludi* (*Suet. Aug. 40*). Calígula permitió a los senadores (37 d. C.) usar sombreros de tipo tesalio para protegerse del sol. Si hacía mal tiempo, vestían un manto encima de la toga, aunque nunca en presencia de las máximas autoridades (*Suet. Cla. 6, 1*). Domiciano, por su parte, restringió el empleo de colores en la ropa, limitándolos al blanco, púrpura y rojo escarlata (*D. Cas. H. rom. 4, 2; 5, 8; 14, 131, 137*). El prefecto de la ciudad era el encargado del cumplimiento de todas estas disposiciones, incluyéndose, además, entre sus funciones el mantenimiento del orden público.

Los recintos más característicos para la celebración de espectáculos eran el circo, el anfiteatro, el estadio y el teatro. En ocasiones, también se utilizó el foro, el Campo de Marte (llanura entre las colinas del Pincio, el Quirinal y el Capitolio, donde Augusto organizó competiciones atléticas y Claudio escenificó la rendición de Britania), los *saepa Iulia* donde tenían lugar los comicios y donde, según Dión Casio (*H. rom. 55, 10, 49*), hubo combates gladiatorios, cacerías e incluso batallas navales. Claudio ofreció juegos circenses en el monte Vaticano y Domiciano, cacerías y juegos escénicos en el monte Albano (*Suet. Cla. 21, 1*).

El circo más prestigioso de Roma fue el Circo Máximo, cuyo origen se unía a la tradición etrusca de los Tarquinios. Estaba situado en el valle existente entre el Palatino y el Aventino. Parece que su estructura definitiva con lados semicirculares fue debida a Julio Cesar, aunque probablemente se terminó con Augusto.

La pista primitiva la constituyó el fondo del valle. La concurrencia se acomodaba en las faldas de las dos colinas, que servían de *cavea*. En los extremos de la pista había dos postes de madera utilizados como meta. En el 329 a.C., se construyeron ante el poste más occidental algunas caballerizas o *carceres*, que durante mucho tiempo fueron simples estructuras móviles y desmontables. Por esas fechas, las dos metas fueron unidas por un parapeto longitudinal, hecho de arena, al que se dio el nombre de *spina*. En el 174 a.C., se colocaron sobre la *spina* unos soportes coronados por siete enormes huecos de madera, con objeto de señalar las vueltas de los participantes en las carreras de carros.

Protección del público

En el año 55 a.C., Pompeyo rodeó la arena con una reja de hierro para protección del público, pero Plinio cuenta cómo la barrera cedió empujada por elefantes enfurecidos. Cesar en el 46 a.C., construyó en el mismo lugar un foso lleno de agua, el *euripo*, así como *carceres* de toba, mandando tallar en las laderas de las colinas unas gradas que

acogían a 150.000 personas. En el 33 a.C., Agripa añadió a los marcadores ovales siete delfines de bronce que giraban al tiempo que los aurigas corrían. Augusto adornó la *spina* con el obelisco de Ramsés II, procedente de Heliópolis, hoy en la plaza del Popolo, emparejado en el siglo IV con otro nuevo elevado por Constantino II, hoy en la plaza de Letrán. Construyó, además, en la parte superior del ala del Palatino de la *cavea* un palco o *pulvinar* sobre el anterior ya existente ordenado por Julio Cesar. Su objetivo era concienciar a sus súbditos de la majestuosidad imperial.

A Claudio se deben los primeros asientos petreos para uso de los senadores y la sustitución de las metas de madera por postes de bronce dorado y de los *carceres* de toba por otros de mármol. Tras el incendio del 64 d.C., Nerón reconstruyó el circo, colocando nuevos asientos de piedra destinados a los caballeros y rellenando el *euripo*. También amplió la *cavea* con nuevos graderíos y decoró la *spina* con estanques y surtidores que manaban por boca de delfines. Con Domiciano, el circo alcanzó sus dimensiones definitivas, con un aforo para 230.000 espectadores. Bajo sus bóvedas, había atrios donde se instalaban tiendas de diverso tipo y deambulaban astrólogos y meretrices, animando el ambiente con su griterío.

El circo se usó principalmente para carreras de caballos y de carros. Los juegos se inauguraban con una procesión de carácter religioso, que comenzaba en el Capitolio y terminaba en la arena (*Cic. Verr. 4, 33*). Los doce dioses más importantes de Roma desfilaban en carros lujosos y variados (*tensae*), tirados por cuatro caballos. Abría la marcha el magistrado organizador de los *ludi*, ataviado con una toga purpúrea, guarnecida en oro, bajo la que asomaba una túnica bordada con hojas de palma. Lucía una áurea corona de hojas de roble y empuñaba un cetro de marfil rematado por un águila. Músicos y danzantes acompañaban al cortejo, así como un nutrido grupo de clientes togados de blanco. Era la ceremonia de la Pompa, donde los romanos, una vez en el circo, fijaban la mirada en su dios favorito, buscando una señal que propiciase sus ruegos y deseos (*Tert. De spect. 7, 2-3*).

El inicio del espectáculo venía marcado por la aparición de su patrocinador en la tribuna, quien dejaba caer un trozo de tela blanca o *mappa*. Tal costumbre data de principios del período imperial. Las carreras de caballos tenían lugar momentos antes que las de carros. En ellas, los jinetes, llamados *desultores*, saltaban de un caballo a otro ejecutando todo tipo de acrobacias. Generalmente, terminaban la carrera a pie.

Jinetes acróbatas

Este tipo de ejercicio se practicó también en el mundo griego, donde en diversas escenas artísticas se ve a un jinete y a varios caballos a su lado. Los etruscos estuvieron familiarizados con las competiciones ecuestres al menos desde el siglo VI a.C. Las placas de terracota de Murlo (Siena) son los documentos más antiguos. En ellas se observa a hombres sobre cabalgaduras, con capas al viento, túnicas cortas y gorro puntiagudo. Livio afirma que Tarquinio Prisco llevó boxeadores y caballos desde Etruria hasta Roma. Tal vez, las primitivas carreras ecuestres romanas fueran solamente a base de estos animales, sin jinetes ni carros.

Sin duda fueron las carreras de carros, las que más atractivo suscitaron. La descripción más antigua que de ellas se conoce, se refiere a las competiciones fúnebres que Aquiles ofreció a su amigo Patroclo y que Homero relata (*Il. 23, 287 ss.*). Vasos cerámicos del cementerio ateniense de Dypilon se decoraron con este tema a partir del siglo IX a.C. Etruria recogió la tradición griega de las carreras funerarias con carros en las representaciones de algunas tumbas.

Los mejores caballos procedían de las provincias : Etolia, Acarnania y Epidaurio (Grecia) suministraban animales excelentes ; en el siglo III y IV, destacaban los de Capadocia e Hispania. En Italia, las regiones productoras fueron Apulia y Calabria, además de la isla de Sicilia.

El entrenamiento de las bestias empezaba al cumplir los tres años, pero no corrían antes de los cinco, y se escogían como sementales los machos más premiados. Los carros estaban tirados por dos corceles (*bigae*), por tres (*trigae*), casi siempre por cuatro (*cuadrigae*) y, más raramente, por seis, ocho o diez (*decemiuges*). Si eran cuadrigas, se enganchaba el mejor animal en el extremo izquierdo, lugar decisivo sobre todo al dar la última vuelta para alcanzar la meta. La atención del espectador se centraba en él. Los promotores de los juegos no solían contar con caballos ni corredores propios, por lo que acudían a los poseedores de cuadras cuyos esclavos se preparaban como jinetes y aurigas.

Solían ser cuatro los carros participantes. A partir del 70 a.C. lucían un distintivo de color, cuyo tono era el rojo, verde, blanco y azul, colores que se convirtieron en facciones apoyadas por el público asistente en forma de apuestas o de contribuciones económicas. La posición de cada uno de ellos en la pista se obtenía por sorteo, ocupando su lugar detrás de los *carceres*. Una vez dada la señal de salida, estas puertas se abrían y los conductores salían a la carrera. Su atuendo consistía en una túnica corta sin mangas, del color de su bandería, sujeta por cuerdas. Se cubrían la cabeza con un gorro de cuero, que tapaba la frente y las mejillas, y llevaban un puñal con el que cortar las riendas en caso de que la caja del carro resultara destrozada. Los vencedores recibían como premio una corona de laurel y una rama de palma, y a los caballos que se hacían famosos, se les erigían monumentos.

Anfiteatro y gladiadores

El anfiteatro estuvo siempre unido al juego de gladiadores. El más antiguo recinto conocido es el de Pompeya, fechado en torno al 70 a.C., poco después del establecimiento de una colonia de veteranos del ejército de Sila (80 a.C.). Fue mandado levantar con la fortuna personal de algunos magistrados de dicha colonia y donado después a la ciudad.

Sabemos por Vitrubio (5. 1, 1-2) de la costumbre existente desde el siglo III a.C. hasta bien entrado el Imperio, de la celebración de espectáculos en el Foro, colocándose entramados de madera que después desaparecían. El hecho de construir un edificio monumental en piedra con la misma finalidad que aquellos de las plazas públicas, estaba en relación con la crisis que se apoderó del ejército en el año 105 a.C. En esa fecha, Roma fue vencida por los germanos que tomaron la Galia Narbonense tras diezmar a cuatro legiones en Arausio. Se temía la invasión de Italia. Además, con anterioridad a este episodio, las tropas romanas habían sufrido sucesivos fracasos contra las fuerzas de Yugurta, rey de Numidia (111 a.C.).

En el 107 a.C., Mario, consul de Roma, promovió la reforma del ejército, eliminando la posesión de tierras como condición para ingresar en él y reclutando nuevos soldados entre las clases bajas. La gravedad de la situación exigía el rápido y eficaz entrenamiento de tan inexpertos reclutas. Con buen criterio, eligió a los mejores gladiadores de la escuela de Aurelio Scauro en Capua (Campania), para formar a sus tropas. El resultado fue óptimo, pues con ellas derrotó a la tribu germana de los cimbrios (101 a.C.). Varios textos sugieren que los métodos gladiatorios siguieron empleándose por la milicia con posterioridad a Mario, por lo que es muy posible que los

soldados de Sila, legado y tribuno militar de Mario en las guerras germánicas, tuvieran una formación similar (*Plut. Sila. 4, 1*).

El evidente interés de sus veteranos por las peleas gladiatorias obedecía, sin duda, a su familiaridad con las técnicas de lucha. Tal interés pudo inducir a la construcción del anfiteatro de Pompeya, el cual además presentaba unas notorias características militares, que pudieron deberse a la influencia de las fórmulas de construcción legionaria: el edificio estaba adosado a la muralla defensiva interior de la ciudad y sobre su fachada destacaba una doble escalera, a modo de contrafuerte, característica de las fortificaciones y de los campamentos romanos.

El interior oval del recinto pudo seguir el modelo de planta conformada en el foro, debida a las irregularidades del espacio disponible (entre la basílicas Iulia y Emilia). De lo que no cabe duda es de que la forma ovalada de estas construcciones se originó en Roma.

El anfiteatro de Pompeya es el único fechado a ciencia cierta de aquella época, pero hay unos quince más, que por su similaridad podrían datarse en los años anteriores al principado de Augusto. La mayoría de ellos estuvieron también en Campania (Capua, Cumas, Cales, Puteoli, Telesia, etc.), pero los hubo, además, en Lucania (Paestum) y Etruria. Rasgo común a todos ellos es su construcción parcialmente enterrada y su sostenimiento por un sistema de bóvedas. A diferencia con los edificios del Imperio, no se hicieron de ladrillo, sino de bloques de toba o caliza en forma reticulada (*opus reticulatum o quasi reticulatum*). Todos estos lugares guardaron lazos particulares con Roma por medio de sus colonias de veteranos o por otras colonias latinas más antiguas.

El primer anfiteatro totalmente de piedra, es decir, con carácter permanente, no apareció en Roma hasta época de Augusto. Fue erigido por Estatilio Tauro, amigo personal del emperador, al sur del Campo de Marte (29 a.C.). Su forma se basaba en la unión de dos teatros adosados por su planta, idea puesta en práctica en el 53 a.C. por Curión el Joven, personaje cercano a Julio Cesar, con motivo de los juegos gladiatorios y escénicos celebrados en honor de los manes (almas de los muertos) de su difunto padre. Desde entonces, se utilizó la palabra anfiteatro (doble teatro) para designar a este tipo de edificios en vez del término *spectacula* con el que eran denominados. El incendio del 64 a.C. destruyó este recinto, y poco después, Vespasiano levantó otro nuevo, el anfiteatro Flavio o Coliseo, que fue terminado por Tito y decorado por Domiciano. Estaba formado por cuatro pisos, realizados en bloques de travertino procedentes de las canteras de Albula (Tívoli), transportados a Roma por un camino abierto a tal efecto. Los tres pisos inferiores estaban formados por arcadas ornamentadas con estatuas y separadas por columnas con capiteles de orden dórico, jónico y corintio. El cuarto piso carecía de arcos y estaba dividido por pilastras. En su muro se abrían ventanas con escudos, hoy inexistentes. En su parte superior sobresalían mástiles donde se enganchaba el toldo o *velum*, que se tendía para proteger a los asistentes de los rigores del sol.

El interior disponía de una primera plataforma o *podium* con balaustrada de bronce, en la que después se tallaron asientos de mármol para la nobleza, y tres zonas de graderíos o *maeniana*, la última reservada a las mujeres. Sobre ella había un voladizo donde se acomodaban de pie, los peregrinos, los esclavos y la gente sin entrada. Dicha entrada consistían en una *tessera* donde se especificaba el lugar exacto del asiento. Entre la *cavea* y la pared exterior, dos muros concéntricos daban lugar a una doble columnata o galería donde el público paseaba en los entreactos y se resguardaba del calor y de la lluvia.

Cerca de la arena, en los extremos de su eje menor, había dos palcos o tribunas, uno dedicado al príncipe y su familia o *pulvinar*, y otro para el prefecto de la ciudad y los magistrados. Un enrejado metálico defendía a los asistentes del posible ataque de las fieras. En el subsuelo del circo se construyeron dependencias para hombres y animales, así como un sistema de canales que se utilizaba para inundar la arena en la celebración de combates navales o naumaquias. En tiempos de Trajano se añadieron rampas y montacargas para elevar a los animales a la pista.

Los juegos gladiatorios tenían lugar habitualmente en el anfiteatro y, según una tradición romana, fueron introducidos en la ciudad por los monarcas etruscos. Es probable que efectivamente procedieran de Etruria, donde se recordaba y se representaba, una y otra vez, el episodio homérico del sacrificio de doce nobles troyanos durante las exequias de Patroclo (*Il. 23, 802 ss.*). Aunque no se han encontrado, ni en bajorelieves ni en pinturas, escenas de duelos guerreros a muerte, ciertos hechos y testimonios apoyan ese origen etrusco: así, Nicolás de Damasco afirma que los romanos practicaron, desde el siglo III a.C., el sacrificio funerario de prisioneros, permitiéndoles luchar y morir como valientes (*Liv. Per. 16*). Por otro lado, filólogos antiguos y modernos sostienen, además, que la palabra *lanista* (jefe de gladiadores) procede de Etruria (*Isid. de Sev. Or. 10, 159*), lo mismo que el personaje que retiraba los cadáveres en el circo romano, el *Iovis frater* que emulaba por su traje, máscara y mazo al Caronte etrusco (*Tert. Ap. 15, 5*).

Pero no fue en Etruria, sino en Campania y Lucania donde estos juegos se desarrollaron hasta adoptar su forma clásica. Desde el siglo IV a.C., se representan en Capua y Paestum, luchadores vestidos o desnudos, con casco empenachado, escudo y lanza, manando sangre de sus heridas. Su carácter funerario se atestigua en la necrópolis de Andrivolo (Paestum) por la presencia de una esfinge, flautistas y una pareja de mujeres en duelo, que contemplan la escena. El primer combate de gladiadores celebrado en Roma se fecha en el 264 a.C., cuando los hijos del aristócrata Junio Bruto hicieron pelear a tres parejas de esclavos en el Foro Boario en honor de su padre fallecido (*Liv. Epit. 16*).

Hasta el período imperial, el suministro de estos combatientes competía al citado *lanista*, personaje socialmente mal considerado, que los vendía o alquilaba. Este sistema era económicamente muy costoso, y por ello durante el Imperio, el Estado se hizo cargo de la empresa, constituyendo las cuatro únicas escuelas gladiatorias permitidas en Roma (*ludii gadiatorii*): el *ludus gallicus* (época de Cesar), el *ludus magnus* (época de Claudio), el *ludus dacicus* (época de Trajano) y el *ludus matutinus* (época de Domiciano). Fuera de la capital fueron famosas las escuelas de Capua, Alejandría, Preneste y Pérgamo. De todas ellas, salían los destinados a la arena.

Estos hombres solían ser criminales condenados, esclavos, prisioneros de guerra, libertos que actuaban a petición de sus patronos y hombres libres arruinados. Estos lugares, cuyo ejemplo mejor conservado está en Pompeya, disponían de un gran patio rectangular rodeado de atrios sostenidos por columnas, una cocina, una cárcel, habitaciones y dormitorios. Aquí aprendían el oficio bajo una férrea disciplina, ensayando sobre muñecos de paja con armas embotadas cuyo peso duplicaba al real.

Especialistas en la lucha

Según las aptitudes demostradas, los gladiadores recibían distinta paga y se especializaban en diversas artes:

- *Samnitas*. Fueron propios de la época de Augusto, no volviéndose a mencionar después. Utilizaban grandes escudos rectangulares y curvos (*scutum*) y una espada corta (*spatha*). Cubrían la cabeza con un casco cerrado de dos alas y un penacho de plumas (*galea*). Llevaban un protector de cuero o metal en el brazo derecho y otro en la pierna izquierda (*ocrea*).
- *Tracios*. Actuaron desde época de Sila, como consecuencia de las capturas efectuadas en la batalla contra Mitridates, rey del Ponto (*Plut. Cras. 8*). Iban armados con rodela (*parma*) y un puñal curvo (*sica*). Se protegían el brazo derecho con la *manica* y el vientre con un taparrabos o *subligatum*. Llevaban los muslos fajados y *ocrea* en ambas piernas.
- *Mirmilones*. Su origen es poco claro, pero es posible que fueran galos. Llevaban un casco característico adornado por un pez marino (*murma*). Se les ha representado de formas diversas, a veces provistos de armas pesadas; otras, semidesnudos. Parece que se defendían con un escudo y una hoz.
- *Retiarios*. Solían combatir contra los *mirmilones* y usaban red, tridente y puñal. Usaban *subligatum* y un brazalete que llegaba hasta el hombro en su lado izquierdo, completado con una placa de metal o *galerus*.
- *Secutores* (perseguidores). Se les vio por primera vez en época de Calígula (*Suet. Calig. 30*). Probablemente eran *samnitas* especializados en la persecución de *retiarios*. Lucían un gran casco y cubrían su espinilla izquierda con la *ocrea*. Esgrimían espada y un gran escudo.
- *Hoplómacos*. Aparecieron a principios del Imperio. Se valían de armas pesadas, casco fuerte y cerrado, y jarreteras hasta rodillas y muslos.

La víspera del combate, los gladiadores celebraban una cena (*cena libera*) en la que podían tomar y pedir cuanto querían. Era el tributo a los que al día siguiente podían morir. El público acudía a contemplarles con curiosidad y aplaudía sus bromas o lamentaba su miedo. El *munus* empezaba con el paseo de los combatientes por la arena, en compañía de ayudantes que portaban sus armas. Después que éstas eran examinadas con cuidado, se sorteaban las parejas del duelo según voluntad de los organizadores. Los acordes de una orquesta formada por flautas, trompetas, cuernos y órganos hidráulicos marcaba el comienzo de la lucha. Un árbitro, uniformado con túnica blanca orlada por dos franjas rojas verticales, se encargaba de dirigir el espectáculo.

Se comenzaba con un precalentamiento de los participantes, consistente en un combate simulado (*prolusio*) con armas ficticias. Este era el momento en que algunos aficionados, enardecidos por el ambiente, saltaban a la arena y emulaban a los contendientes. Incluso emperadores como Nerón, Calígula y Comodo no pudieron resistirse a la lucha (*Suet. Calig. 54, 1*; *D. Cas. H. rom. 72, 22, 2*). Los vencedores eran premiados con una palma, dando después la vuelta a la arena aclamados por la multitud. También recibían monedas de plata y otros regalos, convirtiéndose en héroes admirados especialmente por las mujeres y propiciando su liberación que se obtenía con la entrega de un sable de madera (*rudis*) (*Marc. Spect. 20*).

Tanto en Roma como en otros municipios existieron hasta el siglo III los llamados *munera sine missione*. No había supervivientes y competían bandoleros, asesinos e incendiarios. Los juegos gladiatorios fueron abolidos en Occidente por un edicto del emperador Honorio en el 404 d.C. (*Prud. In. symm. 2, 1121*).

Las naumaquias reproducían combates navales. Se celebraban bien en anfiteatros inundados, bien en lagos artificiales construidos a propósito. Su origen pudo estar en ciertos juegos privados que, según Horacio en sus **Epodos** (1, 18, 60-67), tenían lugar en estanques con barcos simulados. La primera naumaquia pública fue presentada por Julio Cesar (46 a.C.) en un lago artificial del Campo de Marte. Participaron *birremes*, *trirremes* y *cuatrirremes*, escenificando una batalla entre tirios y egipcios (*Suet. Caes.* 39, 4). La más espectacular fue la que Claudio ordenó en el lago Fuchino en el año 52 con 19.000 hombres y 14 navios (*Suet. Cla.* 21, 6). Nerón, Tito y Domiciano las celebraron en el Coliseo y en el anfiteatro del citado Campo de Marte (*Suet. Tit.* 7, 3 ; *Suet. Domic.* 4, 1).

Los espectáculos animalísticos se realizaban celebrarse en el circo o en el anfiteatro. Fueron introducidos oficialmente en Roma por Fulvio Nobilior con motivo de la victoria romana sobre los etolios (186 a.C.) (*Liv. H. rom.* 39, 22, 2). Pero ya se habían popularizado a partir de la batalla de Zama (202 a.C.), ocasión propicia para la captura de fieras africanas. A partir de Augusto se unieron a los juegos gladiatorios como una manifestación más del poder imperial. Los animales procedían de todos los confines del imperio, enviándose por tierra o por mar con ayuda de los gobernadores provinciales. Muchos de ellos eran capturados en las extensas haciendas de ciudadanos romanos afincados en Asia y Africa. Había cuatro modalidades de juegos diferentes :

1. Simples exhibiciones en las que fieras domesticadas ejecutaban cosas insólitas (panteras arrastrando docilmente un carro, leones que depositaban liebres en el suelo sin hacerles daño, tigres lamiendo la mano del domador, elefantes arrodillados ante el palco del emperador) (*Marc. Spect.* 1, 6, 14, 22, 48, 104).
2. Duelo a muerte entre bestias feroces. Se tiene noticia del primer enfrentamiento entre toros y elefantes ya en el 75 a.C. A menudo, se hostigaba la natural ferocidad de las bestias atándolas por parejas, lanzándoles muñecos de tela roja o azuzándolas con fuego o pinchos (*Marc. Spect.* 21, 7-8 ; 19, 2). Encargados de ello eran los bestiarios, que remataban también a las moribundas.
3. Venación o cacería. Participaban bestiarios (*bestiarii*) y cazadores (*venatores*). Los primeros eran convictos destinados a esta actividad por los tribunales de justicia, aunque también hubo esclavos vendidos o entregados por sus amos. La promulgación de la ley Petronia (19 d.C.) impidió la oferta de servidores sin la supervisión de un magistrado. Los bestiarios disfrutaban de una consideración social similar a la de los gladiadores e iban armados con cuchillo o venablo ; los cazadores gozaban de una posición superior. Solían proceder de Africa y practicaban en la arena las artes cinegéticas de su país de origen. Empuñaban lanzas, jabalinas, flechas, etc. Unos y otros vestían túnicas cortas ceñidas con cinturones y usaban calzado alto o bandas en las piernas. Se valían de látigos y telas para atraer a sus presas y se acompañaban por perros adiestrados entre los que destacaban los de Britania. Julio Cesar incorporó a estos espectáculos los acosos de toros a caballo, originarios del mundo griego y famosos sobre todo en la región de Tesalia. Los jinetes estimulaban la agresividad de las reses para saltar después sobre ellas y derribarlas a tierra (*Suet. Cla.* 21, 3).
4. Condenados a las bestias (*damnatio ad bestias*). Eran personas de ambos sexos que debían purgar sus culpas pereciendo en la arena entre las garras de las fieras. Inermes y ataviadas con largo pantalón y camisola con capucha, eran empujadas hacia los animales por ayudantes que les enfurecían con muñecos, trapos, pinchos, etc. El origen de tal castigo pudo ser cartaginés (*Liv. Epit.* 51). Se aplicó a los

cristianos durante las persecuciones. El espectáculo aumentaba su interés y colorido al simularse escenas mitológicas con final sangriento : Orfeo y las fieras, el rapto de Europa por el toro, Pasifae y el Minotauro, etc. (*Suet. Ner. 12, 2*).

Testimonio de crueldad

Precedente de estos suplicios puede ser una pintura etrusca hallado en la tumba de los Augures (Tarquinia). Representa a un condenado a muerte entregado a las acometidas de un dogo furioso que le muerde la pierna izquierda. Un saco en la cabeza le impide defenderse, luchando a ciegas. El árbitro es un personaje vestido con pantalón corto y camisola, cuyo rostro se oculta tras una máscara de larga barba negra. Luce un gorro postizo y levanta su mano izquierda mostrando una cuerda con la que rodea el cuello, el brazo y la pierna de la víctima, obstaculizando sus movimientos. Su nombre es Phersu (máscara). Se trata de uno de los diablos etruscos más antiguos ya aludido, Caronte, cuyo papel de torturador de ultratumba precede ya desde el siglo VI a.C. a los verdugos de los espectáculos romanos.

Colofón final de estas líneas podrían ser las significativas palabras de Juvenal que resumía así la afición romana por los espectáculos :

“... Nam qui dabat olim imperium fasces legiones omnia, nunc se continet atque duas tantum res anxius optat, panem et circenses”. (10, 78-81)

FIG. 1.- Mosaico. Thelepte (Túnez). S. IV. M. del Bardo (Túnez)



FIG. 2.- Reconstrucción del Anfiteatro Flavio. Roma. S. I.

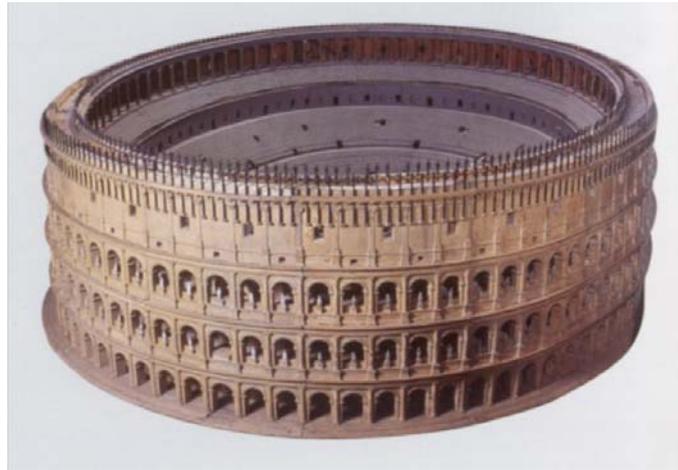


FIG. 3.- Mosaico. Zlitten (Libia). S. III.



FIG. 4.- Mosaico. El Djem (Túnez). M. del Bardo (Túnez).

